

Encierro carnal

Deborah Bressi

Encierro carnal



Deborah B. Bressi

Capítulo 1

Encierro carnal

Cinco días ya habían pasado, postrado en una cama, sin poder moverse, enfermo, moribundo. Se consumía y cada vez que tocía sentía que su hálito de vida era arrancado, como un desgarró proporcionado por la gélida garra de la muerte que extirpaba trozos de su alma, habiéndose aferrado con dientes y garras. Entre sus avejentados y débiles dedos sostenía un pañuelo de seda blanco, el cual, al toser en él atajar la tos, se teñía de rojo carmesí mostrándole un final muy próximo. Tocía y tocía, no podía respirar y el dolor en su pecho incrementaba con cada expectoración. Hijos y nietos, vecinos y amigos se encontraban dispuestos a los pies de su lecho, acompañándolo en lo que serían sus últimos días. Qué patético se sentía! Luego de una larga vida de servicios y ayuda a cualquier persona que la necesitara, ahora estaba fusionado a una cama sin poder moverse. Su humor alegre y sociable se había desvanecido y en su lugar se instaló un carácter reacio, tosco, y amargado. La tensión, los nervios, el dolor, todos y cada uno de esos sentimientos impregnaban el ambiente con su esencia. Nadia podía ayudarlo, cada vez que alguien se ofrecía el hombre respondía agresivo y despectivo, quizás por sus propios temores, para que ningún miembro de su familia y de sus círculo de amistad mostrara ni pena ni dolor hacia él. Aquel trato era algo denigrante, innecesario, sin embargo comprendían su reacción y, aunque les hería, seguían a su lado, junto a su cama, esperando. ¿Qué? Nadie sabía bien. ¿Sería tal vez una buena noticia, una solución a su estado moribundo? Tal vez, pero no era lo más probable; más bien, era algo que nadie quería imaginar, algo que era impensable, algo con lo que la mente se turba y el alma se desgarró. Eso era algo con lo que nadie quería contar, siquiera querían arriesgarse a mencionar aquella posibilidad, una posibilidad que aquel día frío y ventoso de primavera, cuando el invierno no quiere marchar y para no sentir su soledad se decide quedar, hizo presencia provocando el dolor y la desesperación de todos los presentes consumiendo la poca alegría y esperanza que quedaba en el lugar. Cinco días habían pasado, en agonía, y de repente, tal como había empezado, se acabó. Aquella nublada mañana tan solo no despertó, exhaló su último suspiro, su rostro se relajó, su pecho bajó y su corazón se apagó. El médico confirmó el deceso, no había dudas, no había otro diagnóstico y no había ningún otro sentimiento que no fuese dolor. Ahora yacía como los últimos cinco días recostado en su cama, aunque con la diferencia que se hallaba tieso, rígido, con apariencia inerte. Desde su posición el viejo pronunció:

- No lloréis por mí, me encuentro bien, no veis? No lloréis, aún estoy con vosotros. No oigáis a ese doctor idiota que no sabe, aquí estoy!

Pero por alguna razón nadie lo escuchó. Trató de levantarse, pero no pudo. Se sentía amarrado, paralizado. Intentó nuevamente, y falló.

-No estoy muerto! Me siento mejor! Ya no me duele el pecho, ayudadme a levantarme, que hay algo que no me deja!

Seguían sin oírle. El anciano comenzó a gritar.

- OÍD! AYUDADME! NO PUEDO MOVERME!

Forcejeó consigo mismo, pero su cuerpo permanecía inmóvil. Oyó las palabras que pronunciaba su hijo mayor, musitado entre sollozos y lágrimas:

-Llamaré a la funeraria.

- NO! HIJO! ESTOY AQUÍ, ESCÚCHAME!

Los presentes se abrazaron entre sí para calmar su angustia, aunque no lo hiciera realmente.

-HEEEYYYYY!!! AYUDADDDDMEEEEEE!!!

Horas y horas pasaron mientras gritaba sin ser oído, luchando sin lograr moverse.

La ambulancia llegó, dispuesta a llevar el "cuerpo sin vida" a la morgue para luego prepararlo para el velatorio. Oía todo, sentía todo y nada podía hacer, se dirigía a la morgue y nada lo iba a detener.

Agua, hilo y aguja, sentía todo. Gritaba por su dolor, su desesperación. ¿Qué era lo que ocurría? ¿Por qué no conseguía salir?

Oyó campanas, dedujo que era una iglesia. Lo habían recostado sobre una cama acolchonada con paredes rodeándola, todo forrado de satén. Estaba cubierto, lo sentía. Lloraba de desesperación. Lo trasladaban de un vehículo al interior del lugar. Destaparon la parte superior del cuerpo para que fuese visible y aunque la parte inferior no lo tocaba, pero podía sentirla. Trataba de convencerse de que no era lo que imaginaba, aunque no se creyera ni él mismo.

Escuchó la voz de un hombre que retumbaba con el eco del lugar. Debía ser un clérigo, parecía que diera una misa. Percibía llantos y le llegó el canto de un coro que al unísono proclamaba un lastimero *amén*.

El pobre desgraciado gritaba y se retorció en su lecho de muerte, completamente en silencio y perfectamente pétreo. Lloraba sin llorar,

exclamaba gritos de auxilio sin que nadie lo pudiera escuchar.

Pronto escuchó, sintió que cubrían otra vez la parte superior de su cuerpo. ¡Habían cerrado el ataúd! Sintió que su extensa nariz rozaba el satén suave que recubría el interior, oyó el chasquido del cierre. Todos se pararon, se marchaban. En unos instantes iban a enterrarlo vivo! La desesperación lo llevó al límite de su cordura. Desde el fondo de su ser extrajo toda la fuerza posible, pensó en sus extremidades, en moverlas, en que debía levantarse. Abrió los ojos de color celeste blanquecino, sintió que tenía poder sobre su cuerpo "muerto" y desde su garganta exhaló un chillido que salió desde la ultratumba. Golpeó con las fuerzas que conseguía de su interior, golpeó y golpeó sin poder abrir el ataúd. Fuera, todos quedaron estupefactos, pasmados por los ruidos provenientes del cajón funerario. El clérigo dio un salto hacia atrás con el rostro del horror marcado en su cara proporcionado por la navaja del mismísimo infierno, que había continuado su labor con todos aquellos presentes. El ataúd se mecía. Se distinguían rasguños y alaridos que provenían de la garganta del difunto. El sarcófago cayó y la tapa superior se abrió, dejando visible el cuerpo del sujeto que salía, arrastrándose con el rostro de la muerte en su semblante, un semblante blanco y chupado con surcos de color rojo oscuro chorreante y los ojos bien abiertos mostrando la demencia misma. Sus dedos y su traje negro junto a su camisa blanca estaban teñidos de sangre. Continuaba gimiendo de espanto y horror sin poder abrir la boca que se le había sido cosida en la preparación para el velatorio. Los gritos de todos retumbaban por toda la iglesia. La mayoría corría espantada mientras otros quedaron petrificados ante la escena. Una mujer sufrió un ataque al corazón quedando sin vida y con el rostro del miedo calado en el semblante, pronto sería quien ocupara el ataúd. Todos corrían lo más lejos posible, chocando y trastabillando contra todo y todos. Huían en dirección a la salida de la iglesia alejándose del *cadáver viviente*. El anciano caminaba rengueando, encorvado y arrastrando los pies. Así fue como la iglesia quedó completamente vacía y desde fuera llegaban los alaridos del terror. El hombre seguía caminando y vociferando de una forma ininteligible:

-ETOY VIVO, ESTOY VIVO!!!

Cayó sobre sus rodillas, le faltaba el aire, en su pecho su corazón había vuelto a latir dando débiles pulsaciones. Se irguió como pudo, sujetándose de las bancas y salió a la cegadora luz blanca de aquel día nublado. Como un zombie, siguió caminando hacia la calle, hasta que al final se desplomó en el suelo, sin poder moverse demasiado, pudiendo apenas levantar uno de sus brazos. Allí quedó consumido por su propia demencia.